SAN NARCISO, OBISPO

Día 29 de octubre

P. Juan Croisset, S.J.

Fue San Narciso uno de los más santos prelados del segundo siglo, y vino al mundo hacia los fines del primero. En aquellos dichosos tiempos, tan cercanos al nacimiento de la Iglesia, los sucesores de los primeros fieles casi todos heredaron la inocencia, el celo y el fervor de los que el mismo Salvador del mundo había formado, ó habían sido instruidos y enseñados por sus sagrados apóstoles. Es probable que San Narciso fue natural de Jerusalén, que fue educado en el primitivo espíritu de la religión cristiana, que reinaba en aquella capital de la Judea, teatro de nuestra dichosa Redención. Ignóranse los sucesos de los primeros años de su vida; sólo se sabe que se aplicó con desvelo al estudio de las ciencias, particularmente al de la religión, en que salió muy excelente. Correspondían á la excelencia de su ingenio la rectitud y la pureza de su corazón; por lo que hizo mayores progresos en la santidad que en la inteligencia de la Sagrada Escritura. Siendo aún más santo que sabio, todavía esta misma sabiduría contribuyó mucho á purificar sus costumbres. Entró en el clero en tiempo del patriarca Valente, ó, á lo menos, en el del obispo Dulciano, y en breve tiempo fue modelo de santos eclesiásticos. Elevado al sacerdocio, á pesar de su humilde resistencia, la nueva dignidad añadió un nuevo lustre á su inocencia y á su virtud. Llamábanle el sacerdote santo, y pocos fieles dejaron de experimentar los efectos de su virtud y su celo; pero, sobre todo, ningún pobre dejó de publicar los de su ardiente caridad.

Lograba Narciso esta general estimación de los fieles y del clero, cuando vacó la Silla patriarcal de Jerusalén por muerte del patriarca Dulciano. Hubo poco que deliberar en la elección de su sucesor: fue Narciso elegido patriarca de Jerusalén por todos los votos. No hubo más oposición que la suya; pero no se podía deferir á ella siendo el sujeto tan digno y la voluntad de Dios tan declarada. Fuéle preciso rendirse á los sufragios y clamores de todos los buenos; y, habiendo sido consagrado hacia el año de 180, fue el trigésimo obispo de aquella santa ciudad, después de los Apóstoles.

Con la nueva dignidad se sintió animado de nuevo fervor y de nuevo celo; tanto, que contando ya á la sazón ochenta años, gobernó el rebaño con el mismo vigor y con la misma actividad que lo pudiera hacer en la más robusta y más florida juventud. Por su solicitud pastoral devoró fácilmente todos los trabajos de la mitra, y su penitente vida sólo era austera para él mismo. Estaba en continua acción, predicando, instruyendo ó visitando su obispado, atento siempre á desaviar los lobos que con piel de ovejas se arrimaban al redil, cubiertos con todos los artificios de los herejes, para encarnizarse en el rebaño. Infatigable en las funciones de su ministerio, consolaba á unos, alentaba á otros, y se hacía todo á todos por ganarlos para Cristo.

Hacia el año 195 asistió y presidió el concilio que se convocó en Palestina para decidir el punto sobre el día en que se debía celebrar la Pascua; controversia que á la sazón tenía tan encontrados los ánimos como divididos los pareceres. Los Padres del concilio compusieron una Epístola sinodal importantísima y oportunísima, á juicio de San Jerónimo, para confundir á los que no se querían rendir á la decisión del Papa Víctor, obstinándose en que la Pascua se debía celebrar, como lo hacían los judíos, el

día 14 de la luna de Marzo, contra lo que había definido la Santa Sede. Tiénese por cierto que este concilio se celebró en Cesárea [Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea], metrópoli á la sazón de toda la Palestina. También se asegura que nuestro Santo convocó otro concilio de catorce obispos, en su iglesia de Jerusalén, sobre el mismo asunto, y que en todos fue igualmente escuchado y venerado como oráculo.

En el cuarto siglo se conservaba todavía entre los fieles de Jerusalén la memoria de muchas maravillas que había obrado Dios por los méritos del santo obispo, uno de los más célebres patriarcas de aquella santa ciudad. Entre otras, es muy particular la que refiere Eusebio. Una víspera de Pascua faltó el aceite de las lámparas al mismo tiempo que los ministros de la iglesia iban á celebrar la solemnidad de la Vigilia. Movido San Narciso de la turbación y de la confusión que causaba en el pueblo aquel descuido, mandó á los que cuidaban de las lámparas que sacasen agua de un pozo que estaba á mano, y se la trajesen. Animado de aquella viva fe y de aquella entera confianza que en parte caracteriza á todos los santos, hizo oración, y mandó á los ministros que llenasen con ella las lámparas. Obedecieron, y en el mismo punto, por un milagroso efecto del poder divino, aquella agua se halló convertida en aceite. Todos á porfía acudieron á proveerse del aceite milagroso, el cual se conservó mucho tiempo, en memoria de tan nuevo y tan particular prodigio, asegurando Eusebio que aún se conservaba alguna porción de él en sus días, es decir, más de ciento y cuarenta años después de San Narciso.

Aunque era tan notoria y tan brillante la virtud de nuestro Santo, queriendo el Señor purificarla con el fuego de la persecución, permitió que no estuviese á cubierto de la más fea calumnia. Tres hombres malvados, no pudiendo sufrir el resplandor de tan eminente santidad,

ni mucho menos las saludables reprensiones de su celoso pastor por su escandalosa vida; considerando, por otra parte, como un yugo insoportable su vigor episcopal, y el arreglado tenor de aquella conducta irreprensible, le acusaron de un crimen verdaderamente atroz. Para hacer más creíble su acusación, la confirmaron con un solemne juramento, en forma de imprecación, siendo diferente la de cada uno. El primero dijo: *Quemado muera yo si no es verdad lo que digo.* El segundo: *Permita Dios que me cubra de lepra si es falsa mi acusación.* El tercero: *Quiero perder los ojos si no fuese cierto lo que afirmo.* Pero, con todos estos juramentos, á ninguno pudieron persuadir que el Santo Obispo fuese capaz del delito que le imputaban. Sin embargo, horrorizado el Santo de tan injusta acusación, y perdonando de corazón á sus calumniadores, le pareció que Dios le ofrecía esta ocasión para retirarse á la quietud y á la soledad, por la que largo tiempo había estaba suspirando. Partió, pues, secretamente, huyóse de su iglesia, y se fue á enterrar vivo en un espantoso desierto, donde se supo ocultar tan bien, que por espacio de ocho años no se pudo descubrir el lugar de su retiro. Mientras tanto, no tardó Dios en vengar la inocencia de su siervo, castigando con precipitada pena la maldad de sus calumniadores. En breves días se vieron cumplidas en los tres perjuros las maldiciones que cada uno había pronunciado contra sí. Prendióse fuego una noche en la casa del primero, con tanta violencia y con tanta rapidez, que él y toda su familia perecieron vivos en las llamas, sin que fuese posible socorrerlos. El segundo se cubrió de tan horrible y asquerosa lepra, que no se dejó ver en público hasta la muerte; y el tercero, á vista de la desgracia de los otros dos, quedó tan espantado, que confesó delante de todo el mundo la conspiración formada contra el santo prelado, siendo tan vivo su dolor y su arrepentimiento, tan continuas y tan copiosas sus lágrimas, que al cabo perdió la vista. Así vengó la divina Justicia al inocente

calumniado, y así castigó el sacrilegio y el perjurio. Habiendo desaparecido San Narciso, sin que por espacio de un año se hubiese podido saber el lugar donde se había retirado, fueron de parecer los obispos de la provincia que se debía proceder á la elección de nuevo pastor. Recayó ésta en Dio; pero, habiendo fallecido pocos meses después, fue puesto Germanión en su lugar, y á Germanión sucedió Gordio en muy breve tiempo. En estas circunstancias dio el Señor á entender á nuestro Santo que, corriendo de su cuenta el cuidado pastoral de un numeroso rebaño, debía preferir los trabajos del ministerio episcopal á la tranquilidad de su propia quietud; y que, estando tan visiblemente probada como universalmente reconocida su inocencia, era obligación precisa restituirse á su Iglesia. Costóle mucho este sacrificio; pero al fin fue necesario hacerle, y se dejó ver en Jerusalén como un hombre venido del otro mundo. Recibiéronle todos los fieles con tanto alborozo y con tanto tropel de gente, que por más instancias que les hizo para que le permitiesen acabar sus días en el retiro y en la obscuridad de una vida privada, no lo pudo conseguir, ni le fue posible excusarse de volver á tomar el gobierno de su Iglesia. Así parece que lo quería también Dios; porque apenas llegó Narciso á Jerusalén, cuando murió el obispo Gordio; suceso que confirmó á nuestro Santo en el concepto de que ésta era la voluntad del Señor. Aplicóse, pues, segunda vez al pastoral gobierno de sus ovejas con una vigilancia, con un celo y con un vigor que nada olían á envejecidos, trabajando todavía algunos años con copioso fruto. Pero, al fin, su extrema ancianidad, sus fatigas apostólicas y sus excesivas penitencias llegaron á debilitar y aun á consumir todas sus fuerzas, de manera que se halló imposibilitado de cumplir con las precisas obligaciones del ministerio episcopal, y suplicó intensamente al Señor que, si no era su voluntad sacarle todavía de este mundo, se dignase por lo menos proveerle de un auxiliar que pudiese suplir

la debilidad de un viejo de ciento y doce años. Oyóle Dios benignamente, inspirando á San Alejandro, obispo de Flaviada en la Capadocia, que fuese en peregrinación á visitar los Santos Lugares de Jerusalén, y una visión que tuvo le confirmó en este pensamiento. La misma víspera de su entrada en la santa ciudad reveló Dios á San Narciso y á muchos de sus clérigos que el día siguiente, al mismo romper del día, entraría en la iglesia un obispo extranjero, el cual había de ser coadjutor y sucesor del patriarca Narciso. Pasaron toda aquella noche en oración, y al amanecerse oyó una milagrosa voz que clara y distintamente les decía que saliesen á recibir al que estaba destinado para obispo suyo. Salieron todos, y el primero con quien se encontraron fue con San Alejandro, que se quedó extrañamente admirado y sorprendido cuando vio delante de sí á todo el clero, con el santo patriarca al frente. Introdujéronle en la iglesia con solemnidad; y, habiéndole declarado San Narciso lo que Dios les había revelado, le rogó que quisiese encargarse, juntamente con él, del cuidado de aquella iglesia. Informado el pueblo de lo que pasaba, acudió en tropel á juntar sus ruegos con los del clero; y como el santo obispo Alejandro vio tan descubierta la voluntad del Señor, se rindió á tomar el gobierno dé todo el rebaño, bajo las órdenes de su santo pastor. San Alejandró, ilustre ya por haber confesado muchas veces á Jesucristo, y con el tiempo mucho más por el glorioso martirio que padeció en el imperio de Decio, promovió maravillosamente el celo de nuestro Santo. Escribiendo algún tiempo después á los antinoítas de Egipto, les dice así: *Saludóos de parte de Narciso, que gobernó esta Iglesia antes de mí, y ahora la gobierna juntamente conmigo, siendo al presente de más de ciento diez y siete años.*

Con efecto, ya no se hallaba nuestro Santo en estado de hacer otra cosa que orar, por su extremada

ancianidad. Su continua unión con Dios, la ternura de su devoción, el ardor de su caridad y lo dilatado é infatigable de su celo en una edad tan avanzada, acreditaban bien que Dios le había dejado tan largo tiempo en este mundo sólo por que la Iglesia gozase más años aquel perfecto modelo de virtudes episcopales, y todos los fieles un cabal dechado de la más elevada santidad. Quiso, en fin, el Señor premiar á su siervo tan larga cosecha de trabajos y tan rico tesoro de merecimientos como había adquirido en su dilatada carrera, y murió con la muerte de los justos, siendo de más de ciento diez y seis años, que vivió en un continuo ejercicio de todas las virtudes cristianas.

La Misa es en honor de San Narciso, y la oración la siguiente:

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Narciso, para que, así como él te sirvió dignamente, nos libres de nuestros pecados por sus merecimientos. Por nuestro Señor Jesu-cristo...

La Epístola es del cap. 5 del apóstol San Pablo á los hebreos.

REFLEXIONES

Para ofrecer sacrificios por los pecadores. **El sacrificio de la nueva ley hace infinitos excesos en mérito y en virtud á todos los sacrificios de la ley antigua. Institución enteramente divina, oblación santa, víctima de infinito precio, inmolación del cuerpo y sangre adorable del Hombre Dios, Pontífice igual en todo á Dios mismo, ¿puede imaginarse sacrificio más divino ni más digno de**

nuestro culto? Todo esto se halla junto en el santo sacrificio de la Misa. No sólo es este sacrificio el acto más perfecto de religión; es, por excelencia, la maravilla de la misma religión; es, por decirlo así, el compendio de toda ella. Todos los sacrificios de la ley antigua, aunque tan augustos, eran no más que obscura sombra, débil, imperfecta figura de la majestad, de la dignidad, de la excelencia del sacrificio de la Nueva Ley. Más se le honra á Dios con una sola Misa, que le pudieran honrar todas las obras de los ángeles y de los hombres, por fervorosas, por heroicas que fuesen. La inmaculada hostia que se ofrece en el divino sacrificio es de un mérito proporcionado á la majestad del mismo Dios á quien el sacrificio se ofrece. Es la Misa el remedio universal; el árbol de la vida y de la inmortalidad porque en ella recibe Dios el homenaje de su querido Hijo, en quien tiene sus complacencias. Es una víctima que desarma su cólera; es un sacrificio de propiciación que no puede dejar de aceptar, á lo menos por parte de la misma víctima.

El Evangelio es del cap. 21 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabéis en qué hora ha de venir vuestro Señor. Sabed, pues, esto: que si el padre de familia supiera la hora en que había de venir el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Por tanto, estad también vosotros prevenidos, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora que no sabéis. ¿ Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento? Bienaventurado el siervo á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administración de todos sus bienes.

MEDITACIÓN

De lo que se llama mundo.

PUNTO PRIMERO. —Considera que es cosa bien extraña que hablándose tanto del mundo, teniéndose tantos miramientos por el mundo, poniéndose tanto cuidado en agradar al mundo, temiéndose tanto disgustarle, no se apliquen los hombres á conocer qué es eso que se llama mundo. ¡Cosa rara! No se propone verdad de religión, máxima del Evangelio, que no se haya de consultar con el espíritu del mundo, que no se apele á su tribunal. Por lo común, la doctrina de Jesucristo ha de pasar por su examen. Asústese en buen hora la conciencia, condene, prohíba Dios: todo está suspenso, mientras el oráculo de los mundanos no da su parecer. Todo se arregla, por decirlo así, según sus interpretaciones; todo cede á sus costumbres y á sus leyes; todo se acomoda á sus máximas. El mundo quiere, el mundo condena, no sufre el mundo, el mundo no aprueba. Santo Dios, ¡ qué lenguaje es éste entre los que hacen profesión de cristianos, y qué vergüenza de los cristianos el usar de este lenguaje! El mundo quiere ó no quiere. Y, en suma, ¿quién es ese mundo, cuyo imperio está tan extendido, cuyo poder es tan universal, y cuyas decisiones son oráculos? Ciertamente, cuando se discurre sin pasión y sin preocupación; cuando se examina de cerca qué cosa es ese mundo, debiéramos indignarnos contra nosotros mismos por haber hecho tanto caso de él, siendo el juguete y la burla de su capricho.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que este mundo, que ejerce tan absoluto dominio en los entendimientos y en los corazones, hablando en propiedad, no es otra cosa que esa, bulliciosa multitud de hombres de diferentes genios, inclinaciones y gustos, que, no acomodándose con las máximas de Jesucristo, no tienen otro fin que su interés, no reconocen otra regla para gobernarse que la

de sus pasiones, ni otro objeto de sus ansias que los bienes, las honras, los deleites y los gustos de esta vida; gente, por lo común, de un espíritu vano, atronado, turbulento, de un corazón corrompido y de una ambición sin medida, ocupada únicamente en cien frívolas bagatelas, sin gusto para cosa de sustancia, llevándoselo todo la apariencia , y apacentándose de quimeras. Es el mundo un gran teatro donde los hombres se burlan los unos de los otros. Alguno hay que es, la risa de todo el pueblo y está en la inteligencia de que todo el mundo le admira. Reina en el mundo, despóticamente, una multitud de jóvenes aturdidos y disolutos, de mujeres vanas, esparcidas y libres, todas ellas de una reputación por lo menos muy dudosa. Ese confuso montón de corazones estragados es el que juzga absolutamente, es el que condena ó aprueba según su extravagante capricho. A la verdad, ¿puede subir más de punto la pobreza del humano entendimiento que figurarse él mismo un horroroso monstruo de un fantasma fabricado á su placer?

¡ Ah Señor, y qué dolor es el mío por haber hecho tanto aprecio hasta aquí, a costa de mi salvación, de ese ridículo fantasma! No, Dios mío, ya no temeré más á ese mundo; ya trataré todas sus máximas con todo, el desprecio qué merecen; y espero, con vuestra divina gracia, que el mundo no tendrá ya entrada, ni aun se arrimará á mi corazón.

JACULATORIAS

Sí, Señor, es mucha verdad, y me glorio de decirlo: ya no soy de este mundo.—*Joan.,* 8.

Quien ama al mundo no ama á Dios.—*Joan.,* 2.

PROPÓSITOS

1. Nos indignamos, y con sobrada razón, contra la impiedad de aquel insensato pueblo que, habiendo sido él mismo testigo de los milagros que Dios acababa de obrar en favor suyo, colmado de sus beneficios, é informado por sus propios ojos de las maravillas del Omnipotente, se deshace de lo más precioso que tiene, entrega todas sus joyas para que se fundan y se fabrique de ellas un becerro de oro, á quien reconoce por su Dios. Avergüénzate delante de Dios de tu infidelidad; detesta tu pobreza de juicio, tu bajeza de ánimo en haber deferido hasta aquí el imaginario capricho de ese fantástico mundo, y de haberle preferido á tu Dios.

2. Jamás uses aquellos modos de hablar tan comunes hoy entre las gentes del mundo: *El mundo no aprueba esto, esto es la moda, hoy no se estila esto en el mundo, el mundo dice, el mundo condena, estamos en el mundo, es menester vivir con el mundo.* Dios mío, ¡y qué poco cristianos son estos modos de pensar y estos modos de hablar! Digamos, por el contrario: *Dios quiere, Dios nos pide, él Evangelio condena, Dios desaprueba, Dios manda esto ó lo otro.*